





Las chorradas de mi padre

NARRATIVAS



JUSTIN HALPERN

LAS CHORRADAS
DE MI PADRE

Traducción de
VÍCTOR MANUEL GARCÍA DE ISUSI





Título original: *Sh*t My Dad Says*

© 2010 by Justin Halpern

© de la traducción: Víctor Manuel García de Isusi.

© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2011

Pérez Galdós, 36 - 08012 Barcelona

rbalibros.com

Primera edición: enero de 2011

Reservados todos los derechos.

Prohibido copiar.

Ref.: OAFI¿¿¿

ISBN: 978-84-9867-¿¿¿-¿

DEPÓSITO LEGAL: B. ¿¿.¿¿¿¿-2011

COMPUESTO POR VÍCTOR IGUAL

IMPRESO POR ¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿¿



PARA MI PADRE, MI MADRE, DAN, EVAN, JOSÉ Y AMANDA.
GRACIAS POR VUESTRO AMOR Y APOYO.



INTRODUCCIÓN

«Sólo te pido que recojas tu mierda para que no parezca que en la habitación ha tenido lugar una violación múltiple. Ah, y siento mucho que tu novia te haya dejado.»

Cuando tenía veintiocho años vivía en Los Ángeles y hacía tres años que mantenía una relación a distancia con mi novia, que vivía en San Diego. La mayoría de los viernes cogía mi Ford Ranger de 1999 y me pegaba un viaje de tres horas y media por la I-5, que es lo que tardaba en recorrer los 202 kilómetros que hay hasta San Diego. De vez en cuando, el motor de mi coche decidía pararse. Además, la radio estaba rota y sólo cogía una emisora, cuya lista de reproducción parecía limitarse a canciones de Flo Rida, el rapero ese que está empezando. No hay nada como pillar la autopista y que se pare el motor, se bloquee el volante y un locutor no pare de gritar: «¡Aquí llega *mi chico*, Flo Rida, con la nueva *Right Round!* ¡Venga, que comience la fiesta!».

En resumen, que hacer aquel viajecito me estaba pasando factura. Así pues, cuando en mayo de 2009 recibí aquella oferta de trabajo de Maxim.com, que me permitía trabajar desde casa, ni me lo pensé. Podría volver a San Diego y mudarme con mi novia. La única pega de mi plan es que ella no se mostró tan emocionada como yo. Y con «no tan emocionada» me refiero a que cuando aparecí en la puerta

de su casa para darle la buena noticia en persona... cortó conmigo.

Cuando volvía de su casa me di cuenta de que no sólo me había quedado soltero, sino de que no tenía dónde vivir, puesto que le había dicho a mi casero de Los Ángeles que dejaba el piso a final de mes. Entonces se paró el motor. Mientras estaba sentado en el coche, intentando ponerlo en marcha vigorosamente, me di cuenta de que las únicas personas a las que conocía en San Diego y que podían hacerme un hueco eran mis padres. Se me empezó a hacer un nudo en el estómago mientras giraba a izquierda y a derecha la llave en el contacto. También me di cuenta de que la familia que estaba haciendo una barbacoa en el jardín frente al que se había quedado parado mi coche podía estar pensando que era un pervertido que se había detenido allí para darse placer. Por suerte, el coche arrancó al rato y me fui a todo correr a casa de mis padres.

El motivo por el que me puse tan nervioso con tanta rapidez es que pedirle un favor a mi padre es como defender un caso en el Tribunal Supremo: tienes que exponer los hechos con claridad, organizarlos de manera coherente y citar precedentes. Al poco de aparecer sin avisar en la modesta casa de tres habitaciones que mis padres tienen a las afueras de la ciudad, en Point Loma, estaba defendiendo el caso en la sala de estar. Cité *Mi padre contra mi hermano Daniel Halpern*, que acarreó el que mi hermano Dan acabase viviendo en casa de mis padres a la edad de veintinueve años, mientras pasaba una «etapa de transición». Pero mi padre me cortó en mitad del alegato.

—Vale. Coño, no tenías que hacer tantos aspavientos. Sabes que puedes quedarte. Sólo te pido que recojas tu mierda para que no parezca que en la habitación ha tenido lugar

una violación múltiple. Ah, y siento mucho que tu novia te haya dejado.

No vivía en casa de mis padres desde hacía diez años, cuando estudiaba segundo curso en la Universidad Estatal de San Diego. En aquella época, los dos trabajaban: mi madre de abogado para una organización sin ánimo de lucro, y mi padre, en el campo de la medicina nuclear, en la Universidad de California en San Diego; así pues, no los veía muy a menudo. Diez años después, mi madre seguía trabajando a jornada completa; pero mi padre, de setenta y tres años, se había jubilado y se pasaba el día en casa. Todo. El. Día.

Tras la primera noche en casa, me levanté a eso de las ocho y media de la mañana y dispuse mi «oficina» (es decir, mi portátil) en la sala de estar con la intención de escribir mi primera columna. Mi padre estaba viendo la tele. Michael Jackson acababa de morir, y yo trabajaba en una tira cómica en el que aparecía Jesús pasando por alto los cargos por pedofilia contra Michael Jackson y dejándole entrar en el cielo igualmente, porque era un gran fan del Rey del Pop. Poco después, mi editor me dijo que quien está en las puertas del cielo es san Pedro, pero eso no viene al caso. Mi padre no podía entender que alguien que está en pijama y se dedica a buscar imágenes divertidas de Jesucristo en Google esté trabajando. Así pues, me trataba como si no lo estuviera haciendo.

—Hijo, ¿por qué cojones me está hablando Wolf Blitzer de Michael Jackson? —dijo, enfadado—. El presidente está en la Rusia de los cojones intentando que esos hijos de perra dejen de joder con las cabezas nucleares, ¿y va y me habla de Michael Jackson? ¡Anda y que te den, Wolf Blitzer!

A menudo, a lo largo del día, mi padre se cabreaba por algo y entraba en la sala desde la cocina, desde el jardín o desde donde estuviera, y me gritaba algo como:

—¿Has echado ketchup a esa hamburguesa que te he hecho?

—Sí, ¿por?

—¿Por? ¿Cómo que «por»? ¡Es una hamburguesa de calidad! ¡No es la típica mierda de caballo a la que estás acostumbrado! ¡Me ha llevado tiempo! ¡La próxima vez te hago una mierda!

Me alegraba de estar en casa de nuevo.

Desde que le conozco, mi padre ha sido un tipo brusco. Cuando era pequeño, le tenía pánico, por lo que era incapaz de valorar el hecho de que estaba tratando con el ser humano menos pasivo-agresivo del planeta. Ahora que soy adulto, trato a diario con personas (amigos, compañeros de trabajo y familiares) que nunca dicen realmente lo que piensan. Cuanto más tiempo pasaba con mi padre durante aquel primer par de meses, más agradecido me sentía por la mezcla de honestidad y locura que caracterizaba tanto sus comentarios como su personalidad.

Un día iba paseando con él y con Angus, mi perro. Éste estaba olisqueando un arbusto, junto a la casa de un vecino, y va mi padre y me dice:

—Mira el culo del perro.

—¿Qué? ¿Por?

—Por la dilatación del ojete puedes saber que está a punto de cagar. Mira, allá va.

Y en aquel momento, mientras mi perro vaciaba sus intestinos en el jardín del vecino y mi padre permanecía allí,

observando orgulloso cómo se cumplía su predicción, me di cuenta de lo sabio, e incluso profético, que es en realidad.

Pillé la frase y la colgué como mensaje de estado aquella misma noche. Después de eso, todos los días cogía algún comentario gracioso que mi padre hubiera hecho a lo largo del día y lo usaba para actualizar mi estado. Empecé con *¡Qué cosas dice mi padre!* cuando uno de mis amigos me sugirió que creara una página de Twitter para llevar la cuenta de todas las locuras que soltaba. Durante la primera semana no tuve más que un puñado de seguidores (un par de amigos que conocían a mi padre y que pensaban que era todo un personaje). De pronto, un día me desperté y me seguían mil personas. Al día siguiente, diez mil. Luego, cincuenta mil. Cien mil. Doscientas mil. Trescientas mil. Y, de pronto, la foto de mi padre y sus citas aparecían por todos lados. Me llamaban agentes literarios interesados en representarme, los productores de televisión me invitaban a sus programas y había periodistas que querían entrevistarme.

Lo primero que pensé es: «Esto no está bien». Lo que sentí a continuación sólo puede describirse como pánico puro y duro.

Para que te hagas a la idea de hasta qué punto odia mi padre cualquier tipo de atención pública, voy a compartir contigo lo que opina de los concursantes de *Jeopardy!* Mi padre es un tipo leído y bien educado, y una noche que yo estaba viendo el susodicho programa, entró en la sala y respondió correctamente a todas y cada una de las preguntas que hacía Alex Trebek. Le dije:

—¡Papá, deberías ir a *Jeopardy!*

—¿Me estás tomando el pelo o qué cojones? Mira a esa gente. No tiene respeto por sí misma. No tienen dignidad. Ir a un concurso así... ¡me da asco!

Sabía que tenía que decirle que había estado escribiendo sus citas y opiniones en la red, y que había editores y cadenas de televisión interesados en adaptar el material. Pero antes de hacerlo, pensé que sería mejor llamar a mi hermano mayor, Dan, para que me dijera que lo estaba sacando todo de quicio y que a papá no le importaría.

—¡Hostias! ¿Que has hecho qué? —me dijo mientras se descojonaba—. Tío, te va a..., no sé ni lo que te va a hacer. Será mejor que te prepares para largarte de casa. Si yo fuera tú, iría haciendo las maletas, como un fugitivo. Llévate sólo las cosas importantes que puedas llevar en una mano.

Decidí dar una vuelta a la manzana y pensarlo todo bien antes de enfrentarme a mi padre. El paseo se convirtió en un paseo de varios kilómetros. Al volver, una hora después, vi que estaba sentado en el porche y que parecía estar de buen humor. Pensé: «Ahora o nunca».

—Oye, papá, tengo que contarte una cosa... extraña.

Y me senté poco a poco a su lado, en una silla del porche.

—Tienes que contarme algo extraño, ¿eh? ¿Y qué es eso tan extraño que quieres contarme?

—Pues..., hay una cosa que se llama Twitter —empecé.

—Sé lo que es Twitter, coño. Me hablas como si no supiera una mierda. Sé lo que es. Tienes que conectarte a Internet para entrar en Twitter —dijo al tiempo que hacía como si arrancase un coche al decir las palabras «conectarte a Internet».

Se lo expliqué todo: lo de la página de Twitter, lo de los cientos de miles de seguidores, los nuevos artículos, los editores, los productores televisivos..., todo. Se quedó callado y escuchó. Luego se rió, se puso en pie al tiempo que se alisaba los pantalones con las manos y dijo:

—¿Has visto mi móvil? ¿Puedes llamarme? Es que no lo encuentro.

—Así que... ¿no te importa? ¿No te importa que vaya a escribir un libro, lo de las citas..., todo? —pregunté.

—¿Y a mí qué coño me importa? Me da igual lo que la gente piense de mí. Publica lo que quieras. Sólo pongo dos condiciones: no pienso hablar con nadie e, independientemente de cuánto sea, quédate con el dinero que ganes. Yo ya tengo mi puto dinero. No necesito el tuyo —dijo—. Venga, coño, llama al condenado móvil.



NUNCA DES POR SENTADO AQUELLO QUE DESCONOCES

«Coño, ¿y qué te hace pensar que el abuelo quiere dormir en la misma habitación que tú?»

En el verano del año 1987, cuando yo contaba seis años de edad, mi primo se casó en una granja del estado de Washington. Mi familia vivía en San Diego y mi padre decidió que bajo ningún concepto iba a pagar 1.000 dólares para que los cinco (mi madre, mis dos hermanos, él y yo) fuéramos en avión a la otra costa.

—¿Por qué voy a pagar 200 dólares para que un niño de seis años asista a una boda? —dijo a mi madre—. ¿Acaso crees que a Justin le importa lo más mínimo? Si hace un par de años aún se cagaba en los pantalones. Si tiene que ir todo el mundo, vamos en coche.

Y así fue. Me tocó apretujarme entre mis dos hermanos mayores —Dan, que tenía dieciséis años, y Evan, que tenía catorce y era un desgarbado— en el asiento trasero de nuestro Thunderbird del 82. Mamá iba de copiloto y mi padre se puso al volante en un viaje de 2.900 kilómetros hasta Washington. No habían pasado más de cinco kilómetros cuando mis hermanos y yo empezamos a atormentarnos; lo que, en su mayor parte, consistía en que me pegaran y me dijeran cosas como: «¿Por qué te sientas como un marica? Seguro

que es porque eres marica». Mi padre pegó un brusco volantazo hacia el arcén, quemando rueda, se giró y se quedó mirándonos.

—Escuchadme bien. No pienso aguantar vuestras tonterías, ¿entendido? Nos vamos a comportar como puñeteros seres humanos.

Pero no lo hicimos. No era posible. Aquélla no era una situación adecuada para los «puñeteros seres humanos». Éramos cinco personas, tres de nosotros hombres menores de diecisiete años sentados a menos de un centímetro el uno del otro durante dieciséis horas al día por una autopista que parecía que no fuera a acabarse nunca. No era el típico viaje familiar para ir de vacaciones. Era como si huyésemos de la ley. Conducíamos día y noche. Sudábamos más y más, y nos poníamos más nerviosos a cada hora que pasaba. Mi padre no paraba de hacer comentarios para sí en plan: «Tenemos que estar llegando, leches. No puede faltar mucho».

Más de día y medio después, tras veinticuatro horas de conducción, llegamos al vestíbulo de un hotel de Olympia (Washington), donde nos encontramos con nuestra extensa familia. En total éramos unos dieciséis Halpern, incluido el abuelo (de noventa años), el padre de mi padre. Era un tipo callado pero duro. Odiaba que la gente le ensalzase. Había dirigido una plantación de tabaco en Kentucky hasta los setenta y cinco años, y porque ahora fuera mayor no iba a empezar a aceptar ayuda cuando, en su opinión, no la necesitaba.

Se habían reservado una serie de habitaciones para la familia, cada una de las cuales debíamos compartir dos personas, pero aún no se había asignado a nadie a ninguna de ellas. Mis hermanos decidieron rápidamente que compartirían habitación, y era evidente que mi madre y mi padre

compartirían otra, lo que me dejaba desparejado. Por alguna razón, mis parientes adultos pensaron que «sería muy cuco» que el abuelo y yo compartiéramos habitación. El abuelo ya había estado en San Diego con nosotros, y recuerdo que siempre tenía una botella de Wild Turkey en la habitación y que le daba sorbos clandestinos de vez en cuando. Una vez, mi hermano Dan le cogió con las manos en la masa y el abuelo gritó: «¡Me has pillado!», después de lo cual empezó a reírse como un histérico. También recuerdo que necesitaba ayuda para levantarse de la cama, pero que se enfadaba muchísimo cuando alguien intentaba ayudarlo. No quería compartir habitación con él bajo ningún concepto, pero me lo guardé para mí, porque pensé que mi familia me odiaría si me comportaba de manera tan antipática.

Así que, como cualquier niño de seis años que no quiere hacer algo, fingí estar enfermo, lo que atrajo la atención aún más hacia mí. Cuando se enteraron de que no me sentía bien, mis tíos me llevaron a toda prisa por el pasillo alfombrado hasta la habitación de mis padres y entraron de golpe como si se tratase de un episodio de *Urgencias*.

—Vale, que todo el mundo se calme, maldita sea. ¡Vamos, dejadme para que examine al chico! —gritó mi padre. Mis tíos se fueron y nos dejaron a los dos solos. Me miró a los ojos y me puso la mano en la frente.

—Así que estás enfermo, ¿eh? Pues parece que has pillado *cuentitis*. No estás enfermo. ¿Qué te pasa? Acabamos de atravesar un puto continente en coche y estoy cansado. Suéltalo.

—Todos quieren que comparta habitación con el abuelo, pero yo no quiero.

—Coño, ¿y qué te hace pensar que el abuelo quiere dormir en la misma habitación que tú?

No había pensado en eso.

—Pues no lo sé.

—Bueno, pues vamos a preguntárselo.

Salimos al pasillo y fuimos hasta la habitación en la que se había atrincherado el abuelo. Estaba preparándose para ir a dormir.

—Oye, papá, Justin no quiere compartir habitación contigo. ¿Qué te parece?

Intentaba esconderme tras la pierna de mi padre mientras él me empujaba hacia el abuelo, para que me enfrentara a él. El abuelo me miró a los ojos.

—Bueno, yo tampoco quiero compartir habitación con él. Quiero una habitación para mí solo —dijo.

Mi padre se me quedó mirando como si acabase de descubrir la pista que faltaba en un caso de asesinato, y dijo:

—Ya lo ves. Por lo visto, tú tampoco eres una perita en dulce.